

Melissa Cardoza*

Desde este feminista lugar

PORQUE A LAS FEMINISTAS nos importa todo, la vida completa, el mundo, sus giros y revueltas, la poesía, la sangre derramada por petróleo, el agua robada a sus espíritus, la comida y su ausencia, los deseos en cuerpos con dolores y con historias. Todo. Y porque tenemos esta mirada, un punto de vista al decir de muchas pensadoras, un modo de entender que no nos lo da el tener ovarios, matrices o senos si es que los tuviéramos, sino el pertenecer, desde ese cuerpo histórico, a este enorme colectivo de mujeres diversas compartiendo la opresión patriarcal, es decir, la jefada por hombres, de los hombres como colectivo histórico y de los hombres particulares como jefes, pastores, amantes, dioses, hermanos, compañeros de lucha. Pero, además de un compartir opresiones, conspirar fugas y emancipaciones es posiblemente el feminismo más cercano desde donde escojo escribir.

Mirar desde ahí no es lo mismo que mirar desde un lugar en el cual no se tiene una historia colectiva que naturaliza la violencia, la burla, la explotación, lo invisible, el uso y el deshecho. Es cierto que no mira igual una mujer lenca que una mujer que habita una colonia de profesionales custodiada por guardias de seguridad en San Pedro Sula. Las mujeres que se levantan frente al Mar Caribe para empezar el día no lo hacen como las que tienen enfrente una reja en una cárcel donde están detenidas por ser “mulas” del narcotráfico, o por haber abortado. Es más duro para una mujer hablar del amor a otra mujer que su amor o deseo por uno o más hombres. Y a pesar de estas diferencias del vivir concreto y cotidiano, las feministas, por lo menos éstas que nos enfrentamos a diario contra muchas armas en manos de tantos hombres, con la miseria en tantos cuerpos, y el terror en tantos ojos, hemos logrado, de vez en cuando, juntar pensamientos para entender la común opresión, la urgencia de nuestra liberación. Lo hemos hecho obligadas por las circunstancias, porque entendemos y experimentamos que son nuestros cuerpos de mujeres con sus características raciales, económicas, ideológicas y políticas en donde se asientan todos los sistemas de dominio, sin excepción. Lo hemos hecho porque este enfrentar por

Recibido: 13 de agosto de 2015. Aceptado: 23 de septiembre de 2015.

* Escritora, activista feminista. **Correo electrónico:** melissacondesa@gmail.com

siglos y múltiples vidas nos ha dado una fortaleza, una astucia y una convicción para vivir que sólo podemos entender entre nosotras, y eso es precisamente lo que nos posibilita una necesitada lucidez para mirar adelante. Sin embargo, no siempre sabemos cómo estar y pensar juntas, y a veces no logramos actuar de esta manera. El feminismo —o los feminismos, bien decimos ahora que nos reconocemos diversas y distintas— es ese modo de mirar y de intentar vivir buena vida para la vida buena. Es vivir por adelantado lo que entendemos por vida, es hacer de la ficción gozosa una realidad diaria; de la utopía, gestos cotidianos.

Este texto es entonces un texto colectivo que tiene su origen en las infinitas conversaciones de las que está compuesto mi feminismo y que prefiere el de aquéllas que tienen en su rebeldía una constante búsqueda de la coherencia como camino, sabiéndose anticipadamente en gran conflicto por encontrarlo, llenas de contradicciones internas, dolores intensos, hallazgos extraordinarios. Prefiero el camino de las artistas que se vinculan a la palabra/cuerpo de una manera que hace posible poner en primer lugar, también, la emoción y el sentir como móvil y palanca para cambiar de lugar y buscar el bienestar propio y común. Un feminismo insolente y desobediente ante las supuestas verdades de lo real y posible que tanto gustan a la política más hegemónica; también esperanzado y lleno de alegría por el hacer, crear y pensar. Vengo de una inspiración que inició para mí en los años noventa con las que nos llamamos entonces autónomas, de muchas naciones, pero sin fijarse demasiado en ellas.

¿Por qué un análisis como éste? Por necesidad personal frente a experiencias que han movido mi pensamiento político. Porque hay crisis en las propuestas de los movimientos sociales, agotados por sus repeticiones y dinámicas autoritarias, y frente a ellos, las feministas hemos puesto la certeza de que no es posible la perspectiva de liberación de la opresión de los pueblos sin las mujeres; entonces hay una susurrada, pero creciente fuerza de esta mirada feminista o anti patriarcal como parte de los análisis y propuestas comunes. Y porque, más importante aún, el golpe del 2009 en Honduras, que todavía persiste y que todavía resistimos, nos puso a las feministas en un lugar diferente que es el de la necesidad de abandonar el recinto exclusivo de las mujeres, de algunas mujeres, para dialogar con otras y aún con esos otros que nos miran y a quienes miramos con gran recelo y desconfianza lógica. Esta oportuna aunque dolida circunstancia hace que en este momento y en esta amada tierra donde he crecido alimentada por sus sabores y pinares, me enfrente al reto de poner la mirada feminista en el centro de estas reflexiones, con una gran esperanza de que a las palabras no se las lleve el viento, y si se las lleva, las conduzca a buenos caminos donde se encuentren con otras, o las haga volar en libertad y placer.

En un lugar importante necesito esclarecer que mi lucha feminista siempre ha significado el estar expresada, aunque a veces balbucee, de tal manera que

cuando se habla del pueblo, de la colectividad, de la gente, no puedo sino ser parte de ella y mi actuación está claramente guiada por eso. Es decir, no lucho para las y los demás sino junto con ellas y ellos, para todas y todos con quien sienta afinidades y horizontes, lo que no me es fácil sentir. A pesar de que en este país desde el feminismo más hegemónico, del cual también he sido parte, se ha favorecido un discurso sobre la necesidad de la recuperación de un sentido de identidad propia e individual(ista) de las mujeres, para no siempre ser desdibujadas en los otros, llámense familias, partidos, comunidades, sectas o gremios, entiendo que este ser yo es en tanto soy con las otras y los otros, descubrimiento que no es mío, pero que yo suscribo. Este equilibrio, individual/colectividad nunca es fácil, sobre todo cuando hemos sido en tantas gestas colectivistas las siempre pospuestas, las negociadas y las que esperan. De eso ya hemos tenido suficiente.

No sobra decir que intencionalmente yo no hablo en mis artículos ni prácticas sobre la perspectiva de género, que es por demás muy socorrida en algunos discursos movimientistas mixtos; que, si bien la he usado como una categoría limitada para entender elementos de la relación entre mujeres y hombres, le tengo rechazo por su facilidad de ser recuperada, reciclada, lavada y descolorida para propósitos que son exactamente los contrarios a aquellos por los que nosotras luchamos. De género hablan aquellos que hacen los discursos que sostienen nuestras opresiones, hablo del Banco Mundial, la policía, el estado patriarcal, ciertos proyectos de la cooperación internacional que tanto daño han causado a los que fueron, por cortos periodos, jóvenes y vibrantes movimientos feministas.

Hoy, escribo este texto pensando mucho en mi relación con el activismo feminista en el tiempo compartido en el COPINH¹ que tiene entre sus prácticas continuos debates sobre la realidad nacional; he compartido con ellas y ellos algunos de los espacios de la lucha precisamente en esta búsqueda de coherencias políticas y de proyecto en colectividad, y ahí me he preguntado bastante sobre los feminismos. Sentirme parte del COPINH como feminista, no siempre bienvenida por algunos de los hombres de esta organización, (de hecho salí de ella por amenazas a muerte de parte de uno de sus más importantes líderes en ese momento) pero al mismo tiempo tampoco rechazada por otra parte del colectivo, me ha permitido abrir mi cabeza, cuerpo y corazón sobre muchas dinámicas que no entendía bien desde un feminismo de la ciudad, o de las ONGs, o de grupos separatistas ligados al lesbianismo feminista autónomo. El vínculo con el COPINH me ha dado la evidencia en terreno de lo que en teoría las feministas llamamos

1 Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras, organización de lucha del pueblo lenca.

los cruces de las opresiones, las interseccionalidades, es decir, que vivencio en ese espacio el racismo y el clasismo que comparten los hombres y las mujeres indígenas, por no ser blancos ni mestizos –que en Honduras es muy similar– racismo ejercido por otros compañeros y compañeras de los movimientos sociales en resistencia; y vivo el sexismo que viven las mujeres lencas, incluso de parte de sus propios compañeros de lucha; por demás, soy lesbiana y he vuelto a sentir el poder de la heteronormatividad en todos los espacios de la política, ejercida por hombres y mujeres igualmente. También entendí que cada gesto de rebeldía contra estos sistemas de poder, impacta en todos; por lo tanto, la acción y el pensamiento político intencionado es siempre insurrecto.

Darme esta oportunidad de pensar-me y hacer otros activismos ha sido no sólo un acto intencional de alianza con algunas mujeres como es el caso de Berta Cáceres, dirigente nacional del COPINH, sino una búsqueda de mucho atrás, un camino que cruzó por México en encuentro vital con Chuy Tinoco, Sabine Masson, Elizabeth Álvarez y Francesca Gargallo, y en contacto con feministas negras de lucha antirracista y lesbica cruciales para mi vida y pensamiento, como Ochy Curiel. En mi país también revaloro los aportes históricos a mi pensamiento en las largas conversaciones, comidas y desavenencias con feministas como Mirta Kennedy y Zoila Madrid, así como la honda reflexión que me provocan los textos de Breny Mendoza. Y en los últimos tiempos un afortunado encuentro de búsquedas con mis colegas Sara Tomé y Liana Funes.

Nunca un inicio

No voy a historiar la opresión patriarcal en Honduras, porque igual que las feministas comunitarias de Guatemala y Bolivia puedo suponer que el patriarcado no llega con los colonialistas, así como tampoco otras formas de explotación y de esclavitud. Asumo como pensadores masculinos de amplio respeto entre los hombres marxistas que la primera gran derrota humana fue la de las mujeres por parte de los hombres. El patriarcado, pues, no es una manera de funcionar propia solamente de este sistema capitalista, de este neoliberalismo, es una forma de organizar la vida que cruza los sistemas políticos y económicos desde hace muchos siglos, algo que caminando por las comunidades del campo hondureño de algún extraño e inusual modo, “se siente”.

En el momento actual, las condiciones de esta Honduras ruedan incesantemente al barranco de la autodestrucción como nación, creyendo que nación fue una idea masculina del qué y para qué existimos colectivamente, en un territorio determinado; una noción extendida de qué cosas se pueden y no hacer y sobre todo un deseo de creer que asumimos que la vida de todas las personas, sin excepción, es importante. El feminismo, y mis cercanías al anarquismo, me han

hecho renegar del sentido de nación por su vínculo con la masculinidad opresora, y he dicho como Virginia Woolf que como mujer no tengo patria. Pero cuando veo los pinos del lugar donde nací, o cuando no los veo más, cuando recuerdo el río donde pescábamos que ahora no existe, si encuentro enormes ausencias en los árboles del centro de la ciudad por donde pasa hoy una carretera, algo dentro hace sentirme de ahí, indignarme, juntarme por quienes luchan contra la transnacional que intenta apresar ese río de su comunidad. Eso tal vez no es patria para una mujer blanca europea, para mí es infancia, paisaje, territorio del afecto, de la memoria; el lugar donde escojo luchar, mi *matría*. El arraigo a luchas afincadas en la tierra y los territorios me vincula a este repensar también cuan “occidental” ha sido el feminismo nuestro, y sí que lo ha sido, lleno de lugares comunes del mundo de las mujeres blancas, que comen de otras maneras, que hablan con otros tonos y hacen otras políticas.

El sistema neoliberal se ha ensañado con esta tierra así como con territorios de otros pueblos africanos, asiáticos y caribeños en ese afán, que no se llena con nada, de poseer bienes y ganancias; territorios y conocimientos; cuerpos y materias inorgánicas. Para ello ha sofisticado todas sus formas de explotación a niveles realmente sorprendentes y es necesario que entendamos que lo que está pasando por esta tierra nuestra, pasa en el mundo; que entendamos también que las luchas libradas en el mundo tienen que ver con la nuestra; de ahí que también mi feminismo se asume global en cuanto su capacidad de pensarnos globalmente y construir sororidades no incondicionales, no sin cuestionarlas.

Si vemos hacia atrás, todas y todos los que tenemos más de cuarenta años casi no conocemos el rostro de este país. Los niveles de violencia, de miseria, de tristeza, de destrozo ecológico han aumentado tanto en los últimos 15 años de un modo impresionante. Cada tanto decimos, puchica, me acuerdo antes cuando... tal cosa. Pero el antes no es de mucho tiempo, sino de alguna década o dos. Digamos que desde los años setenta cuando empezó todo esto que llamaron los programas de ajuste estructural y se inició la privatización de los servicios y bienes colectivos, comenzó a sentirse que algo cambiaba para mal. La terrible década de los ochenta y su dolorosa lista de desaparecidos, era la muestra de que en plena supuesta democracia, lo que nos recetaban quienes inventan en sus laboratorios económicos las nuevas reglas para la convivencia era la pérdida de las poquísimas condiciones de vida que un pueblo como el hondureño podía haber tenido y frente a quienes posicionaron la rebeldía, les contestaron con muerte, tortura y desaparición forzosa. Aquí no es que hubo un estado de bienestar como se vivió acaso en otros países latinoamericanos, pero sí tal vez algunas oportunidades de una vida menos dura que la de ahora, acceso a casa popular, a un servicio de salud no tan deplorable, una educación que enseñaba a la gente a pensar más allá del horizonte divino que ahora llena las mentes del

propio magisterio, unas calles por donde una caminaba hasta tarde sin ser seguramente atacada. Hasta el año 1995 todavía nos asustamos que una joven llamada Riccy Mabel Martínez fuera asesinada por militares y salimos a exigir justicia con una fuerza impresionante del movimiento de entonces, que resultó encauzarse en una ley contra la violencia que es deprimente. Hoy, los nombres de mujeres asesinadas son tantos que nuestro cerebro y sentimiento se niega a recordarlos. Es cierto que los conflictos como el de la tierra, el de la explotación obrera, el de la violencia contra las mujeres, el desempleo altísimo siempre han estado en la realidad de este país, sin embargo los números de la violencia contra las mujeres y hombres son sólo comparables a los de aquellas naciones en guerra. Las masacres que todas las semanas ocurren en este país atacan contra jóvenes, hombres y mujeres empobrecidos. Hasta hace poco tener un familiar en los Estados Unidos era algo anecdótico, ahora lo raro es que haya una familia completa en Honduras que no conozca más de un amigo que es indocumentado en el norte del continente, y últimamente la migración más dolorosa fue la infantil, que huye de la carencia. En contraposición lo que sí es cierto que abunda en este tiempo son las iglesias, las televisiones y los internets. En cualquier barrio o comunidad de pronto aparece como por magia un techito, una casa, un rótulo y un equipo de sonido desde donde un pastor que también aparece de la nada ofrece la manera de vivir en medio de tanta desgracia y eso por lo general tiene un costo económico, y de alguna forma alivia a la gente. En muchas comunidades urbanas y rurales, siempre que haya energía eléctrica, se encuentra con facilidad al menos una tele por casa y un café internet que nos hace conocer unos mundos increíbles, en inglés, llenos de mujeres bellas y hombres exitosos que no sabemos si son de verdad o invención. Ahí también se enseña a respetar a los blancos y sus modos de vivir, ahí se muestra cómo debe ser una mujer para atraer a un hombre y a un hombre cómo hacer para tener muchas mujeres, ahí aprenden las niñas y los niños a contar en inglés y a reírse de las personas negras y de los indígenas, cuando ellas y ellos mismos lo son.

Hay mucha desesperanza en muchos lados. Es cierto. También es cierto que hay mucha resistencia y organización que avanza por necesidad, alguna como la de los pueblos indígenas es antigua, algunas otras son más jóvenes, ahí está la nuestra, la feminista, cada tanto perdida en su particularidad tan chiquita y vulnerable. Lo que también es cierto es que estas resistencias son diversas y luchan casi todas por cosas diferentes según sean los propósitos por los que se juntaron, pero frente a hechos como el golpe de estado, como la profundización de la miseria, como el arrasamiento de las aguas, el aire y los bosques, tienen la tendencia a juntarse, para indignarse y rechazar las injusticias, y esas son tremendas luces para nuestro presente y futuro. Por eso también este texto.

Para quién trabajamos las mujeres

Todo lo que hemos descrito como esta forma de vida no es buena ni agradable para nosotras que somos casi todas de estas tierras. Y entonces ¿a quién favorece, a quién le sirve nuestro empobrecimiento, enajenación, pérdida de culturas, bienes comunes y de vidas valiosas?

Nunca antes escuchamos y repetimos tanto la palabra democracia, que se supone es un gobierno del pueblo y para el pueblo, pero nunca el pueblo estuvo tan jodido y tan lejos de poder siquiera comer, andar y dormir en paz. La democracia, pues, como la padecemos aquí es una fórmula vacía con que el neoliberalismo patriarcal llama a sus procesos de votación para que ganen siempre los mismos o los que sirven a los intereses del dinero, así ellos tienen los poderes de legislar a su favor, de usar la riqueza de los pueblos para su beneficio y además tienen la fuerza armada por si a alguien se le ocurre oponerse. A estos tiempos y modos se le llama de muchas maneras, aquí le diremos globalización neoliberal, como nos cuentan los compañeros de Otros Mundos Chiapas en uno de sus trabajos donde dice que tres hombres norteamericanos tienen el equivalente a la riqueza de 42 países empobrecidos. Este sistema, que se llama global porque su posibilidad de explotación incluye a todo el mundo, profundiza la miseria y las diferencias entre los países y las personas, y siempre entre los hombres y las mujeres. Para el caso cuando se empiezan a cerrar los empleos públicos e incluso los privados, son las mujeres las primeras despedidas; esto se nota hasta en las ventas ambulantes, donde un trabajo que era sobre todo de mujeres ahora lo hacen los hombres, actividades como vender en los buses, poner puestos de comida, etc. Automáticamente las mujeres vuelven a sus espacios domésticos a vivir vidas con nulas posibilidades de satisfacción personal y mucho menos de ingreso y mejoramiento propio. Obviamente para sostener esta enorme población en su casa se han diseñado buenas estrategias de control ideológico, que son los discursos sobre la buena madre, las telenovelas y las religiones fundamentalistas que hoy abundan e interfieren con toda la vida de las mujeres, a partir de sus cuerpos controlados por la fe. Las iglesias les dicen cómo vestirse, qué hacer y qué no, y las apartan del conocimiento, de la organización, pero sobre todo del disfrute de todo tipo.

La migración nos muestra como más mujeres son las que están viajando a destinos como España, y no tanto porque ese sea su deseo legítimo, sino porque allá en ese norte que también ha entrado en crisis hay una necesidad de mano de obra barata para las actividades de cuidado y limpieza que son las peor pagadas y más explotadas, y para allá van nuestras hijas, primas, vecinas. Lo mismo ocurre con las mujeres indígenas que vienen a las ciudades pequeñas o grandes; es decir, es en las mujeres más pobres donde se vuelve a repetir la fórmula de que el trabajo doméstico y de cuidado de otras y otros es "obligatoria-

mente femenino”, mal pagado y en condiciones hostiles. Y lo más perverso aún es que por lo general son otras mujeres las que las explotan.

En el caso de las zonas de maquilas, que han sido espacio de empleo para gran cantidad de mujeres provenientes del campo, se ha evidenciado que tales industrias son un espacio de alta explotación y de riesgos importantes para la salud, y aún así las mujeres prefieren trabajar ahí que desfallecer en un campo al que le fue arrancado su potencial de producción. Los procesos de descampeñización han ido aumentando a través de la privatización de la tierra y los territorios para los grandes monocultivos monopólicos, la explotación de los bienes naturales entre los cuales uno de los preferenciales es el agua, y la cada vez más escasa posibilidad de producción de granos básicos y productos agrarios propios, arrasados por las importaciones de otros países que gracias a los tratados comerciales son privilegiados. El campo hondureño se ha vuelto un lugar desde donde es difícil sostener la vida. Las compañías transnacionales han robado a la gente, o lo intentan, sus conocimientos, semillas, maneras de curarse, de convivir y relacionarse con la naturaleza; muchas de estas prácticas han estado en las manos de las mujeres indígenas desde hace muchos siglos, las que aún resisten en medio de la debacle. Las consecuencias del calentamiento global han variado tanto las condiciones del clima que las antiguas prácticas de la siembra y cosecha se han confundido y provocan pérdidas terribles en muchos casos.

Y el otro trabajo, si podemos llamarlo de esa manera, en que las mujeres tienen un rol naturalizado en las sociedades, es el sexual, sea por prostitución en la calle o en cualquier lugar; ahí de nuevo tienen un papel importante las migrantes en el exterior quienes sostienen mucha de la economía familiar de tal manera que ya no se vuelve importante de donde consigue sus dólares o euros; lo importante es que los envíe a Honduras. El tráfico y la esclavitud sexual de mujeres jóvenes e incluso niñas es un problema enorme en el mundo y en Honduras, y sigue en aumento porque la industria del sexo se ha vuelto un gran negocio para algunos. Podemos garantizar que en ciudades como La Ceiba, al norte del país, la venta de mujeres para la explotación sexual es uno de sus más lucrativos negocios, relacionado con los megaproyectos turísticos, porque las mujeres, especialmente las jóvenes, se las ofrece como parte de la diversión.

También hay muchas mujeres que se encuentran en relaciones de violencia, o por lo menos no deseadas, porque es la única manera que tienen para ganarse su sustento y el de su familia. Eso, aunque se llama matrimonio en muchos casos, ¿no es acaso una forma de servicio sexual asalariado? Hay una enorme cantidad de matrimonios en los que es escandalosa la diferencia de edades entre el hombre y la joven; se les ve en el campo y en la ciudad, en la calle, en los centros comerciales. El tráfico sexual de las mujeres a cambio de supuestos beneficios es una práctica que alcanza muchos espacios incluyendo los políticos; las mu-

eres están expuestas al acoso, a la violación, a la persecución, y eso pasa en escuelas, en universidades, en espacios de trabajo y en organizaciones sociales. Los múltiples grupos armados que se mueven en el territorio nacional hacen uso del cuerpo de las mujeres para sus actividades; las maras, las bandas, el narco, los agentes policiales, los guardias, son apropiadores de las mujeres de comunidades, ciudades, barrios, sobre todo los más populares.

Como lo plantea tan claramente Jules Falquet² en su libro *Por las buenas o por las malas, las mujeres en la globalización*, esta situación refuerza la división sexual internacional del trabajo; a las mujeres otra vez les tocan las labores de cuidado, maternidad, sexual, que no sólo son económicamente las peores, sino que además no tienen reconocimiento ni valía social.

Sin embargo, de estas mujeres, en esas condiciones se alimenta el movimiento de las mujeres, y el feminista. Amplias redes de mujeres se han organizado en el país, vinculadas casi todas a las demandas por derechos políticos, económicos y sociales, pero con un sustrato importante del discurso y la perspectiva emancipadora de las feministas, bien rebelde y libertaria. Evangélicas o católicas, casadas o viudas, jóvenes, mayores, obreras, garífunas, etc., muchas de las que se organizan en los espacios comunitarios y que están en casi todas las luchas, han contactado y proponen discursos a favor de las mujeres con una fuerza indiscutible; palabras relacionadas con el cuerpo, la autonomía, la libertad son comunes en gran cantidad de lugares de Honduras.

La maternidad, la fecundidad, las decisiones

El papel de madre parece ser indiscutible en la identidad de una mujer. Como bien se sabe, en muchos sectores del país no tener hijos constituye una especie de marca negativa y estigmatizadora. Mulas del diablo, se les dice. Las mujeres están obligadas a tener hijos, aunque sea uno, porque de esa manera prueban que son mujeres. La maternidad entonces es una obligación y pocas veces es una decisión de las mujeres. Cuántos hijos y cuándo los tiene es algo que establece la Biblia, el marido, las políticas de fecundidad de los estados, la familia, pero muy pocas veces las mujeres mismas que son alejadas de sus cuerpos y sus decisiones. Cada embarazo y parto, requiere un gran esfuerzo físico y emocional para las mujeres y por supuesto la crianza de ese ser humano recaerá casi sólo sobre su responsabilidad. Muchas quieren tener hijos y familias grandes y eso es parte de su felicidad, y debería ser parte de su decisión. Sin embargo,

² *Por las buenas o por las malas: las mujeres en la globalización*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas/Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar, 2011.

también hay discursos que establecen que el tener demasiados hijos es una de las causas de la pobreza, y eso se dice para ocultar que el empobrecimiento de los países tiene que ver con el cómo se produce, para quién y cómo se distribuye esa producción. En Honduras, casi todas las familias hace muy poco tiempo eran numerosas, y no era el número necesariamente el que determinaba la calidad de su vida.

En este tiempo en que vivimos incluso la maternidad está impactada por el nivel de violencia, porque se ha vuelto un motivo de gran preocupación tener hijas e hijos. ¿Quién va a querer tener un hijo para que lo mate un policía, o para que sea policía y lo mate un narco, o se haga soldado y tenga que golpear a sus hermanos indígenas? ¿Quién quiere una hija para ser golpeada y asesinada por el hombre que la desposa, violada por un miembro de cualquier mara, explotada por un rufián? Es común escuchar a las mujeres de los espacios organizativos temer porque sus hijas están creciendo, van teniendo un cuerpo de mujer, y algunas con el agravante de ser bonitas. La maternidad se ha vuelto un continuo susto para las mujeres. Más allá de lo imaginado. Las mujeres pasan por muchas penas y aflicciones porque la situación en el país es muy agresiva en contra de los y las jóvenes pobres, y porque ellas y ellos viven en una situación de mucha incertidumbre ante sus propios futuros. Si sus hijos e hijas sufren, las mujeres también.

El uso de la violencia en contra de las mujeres

Por su carácter de apropiación de los cuerpos y vidas de las mujeres, el sistema patriarcal legitima el uso de la violencia hacia la mujer por parte de los hombres. La violencia doméstica y privada ha sido ejercida desde que se inventara la pareja y sobre todo el matrimonio. Todas las ideas que se fortalecen en este pacto sexual son las que las mujeres están al servicio del hombre y sus proles, les pertenecen; las deben disciplinar, controlar y mantener. Sobre esto no sólo se hacen muchos chistes y canciones sino que efectivamente hay mucha violencia dentro de las casas que afecta a las mujeres en primer lugar. Eso ocurre desde la infancia. En este tiempo y con las condiciones cada vez más duras en la lucha por la vida, todas las formas de violencia se agudizan; de ahí que tenemos un país en primer lugar de asesinatos en el mundo y vivimos en condiciones de miedo hasta para ir a ciertos lugares en ciertas horas. La gran impunidad que se vive en el país, donde el aparato judicial-policial no desarrolla ningún tipo de acción para proteger las vidas de las personas, sino todo lo contrario, pues está probablemente vinculado a redes de crimen organizado, la gran existencia de armas en manos de cualquier hombre y la cultura patriarcal fundamentalista que se fortalece a través de las religiones, tienen el mandato de usar la violencia

como un mecanismo de control de las mujeres, los jóvenes y por supuesto los pueblos en rebeldía. Para las mujeres esa violencia siempre incluye la agresión sexual; para todos los agentes armados o con un mínimo de poder sobre las mujeres, el cuerpo es un espacio para someter; así son violadas las mujeres que se asesinan en la calle, pero también las que conviven con hombres violentos; cualquier acto sexual en contra de la decisión y deseo de las mujeres es violación, aun cuando puedan estar casadas con el agresor.

Para que el sistema funcione bien se necesita que miles de mujeres trabajen a su servicio sin oponerse y para eso se usa la fuerza directa y el aislamiento de las mujeres en la casa. Recuerdo que en las movilizaciones de la resistencia con una mayoría de mujeres, los policías y soldados enviaban a las mujeres a sus casas: con insultos a grandes voces, los agentes de seguridad del estado repetían una y otra vez que la obediencia es obligatoria, que ellas no obedecían porque no tenían hombre.

Las mujeres trabajan cada vez más, en tanto los servicios públicos de salud, cuidado y seguridad no funcionan. Esas mujeres trabajan más en tanto más difícil es conseguir el dinero; están dispuestas a hacer cualquier cosa por cualquier pago, y además se les responsabiliza de que la situación de las y los jóvenes, que se embarazan, se drogan o se enrolan en maras y bandas armadas, es su culpa. Una de nuestras lecciones como feministas ha sido precisamente que impulsar a las mujeres para salir de la casa es una verdadera revuelta; hacer procesos colectivos que sostengan esta rebeldía que potencie sus fugas, por mínimas que éstas parezcan, provoca transformaciones. Hay una consigna del movimiento de mujeres campesinas que dice: con la mujer en la casa, la reforma agraria se atrasa. Salir de la casa es un paso de enorme impacto para todas.

Los procesos de militarización de nuestros países, que aumentan según la necesidad del mercado de las armas de los países productores, y las condiciones de criminalización y represión a nivel interno impactan sobre los cuerpos de las mujeres y sus vidas. A medida que hay más soldados de ocupación o nacionales, más leyes que persiguen las luchas sociales como las leyes antiterroristas, más medios de comunicación en donde se presenta a los y las pobres como criminales que hay que perseguir, indígenas colaboradores del narco, prostitutas, traficantes y gente mala, más se exige que se use la violencia. Recordemos como la gente suele decir que en el tiempo de la dictadura de Carías, el caudillo que gobernó el país con mano dura por 16 años (1932-1949), no sucedían estas cosas, para sugerir que es con más represión como se puede mejorar la situación del país, lo cual ha sabido leer a la perfección el actual presidente hondureño que impulsa fuerzas policiales y militares en nombre de la seguridad, y les da a estos sujetos muchos y plenos poderes incluso en las instituciones civiles.

La aplicación de las estrategias de los golpes de estado está vinculada con esta militarización por la urgencia de usar el territorio hondureño y su población para fines político-militares del Imperio, las transnacionales y la derecha internacional que pretenden profundizar estos modos de organización donde las mujeres somos las últimas de la fila y las más afectadas en cuanto habitantes de los territorios a los cuales se va despojando de fuentes de agua y biodiversidad para la vida.

Históricamente, las mujeres indígenas han estado vinculadas de manera muy fuerte con estos bienes de la naturaleza; al igual que los hombres, saben que sus vidas dependen de ella, pero son las mujeres las que la administran, las que buscan el agua, la leña, siembran las yerbas medicinales y las usan, las que conocen los vientos, los cambios de luna, y las propiedades del frío y el calor. Las semillas que las y los campesinos han usado por siglos fueron cuidadas sobre todo por las mujeres.

Las luchas y resistencias de las mujeres

Las mujeres de manera individual y colectiva siempre han luchado por mejorar la vida de sus pueblos, incluso poniéndose ellas mismas en último lugar. Las condiciones materiales han mostrado que son las mujeres las que más trabajan, las que peor comen, las que regularmente no estudian, no poseen bienes propios y no tienen espacios de diversión o entretenimiento. Ellas luchan por sus familias y eso generalmente les hace sentirse bien, pues es el papel que se les ha asignado y que en esa cultura de alguna manera “han escogido”; sin embargo, muchas tienen una especie de sentimiento de malestar con esta realidad. Son personas acostumbradas a enfrentar una enorme adversidad y de ahí que tienen una gran fuerza, por eso el sistema las usa en su beneficio de múltiples maneras.

La lucha particular como mujeres no tiene tanto tiempo y no tiene auténtica simpatía por parte de los hombres. A partir de una ola de organización de los famosos grupos de mujeres se ha reflexionado sobre muchas temáticas de su propia vida, sobre todo la violencia de género, las formas de explotación laboral, la búsqueda de la participación política, los derechos y el bienestar. En muchos casos eso ha complicado más sus relaciones con los hombres que no siempre están de acuerdo en estos espacios autónomos. El proceso de conciencia de las mujeres es rápido, pero también así es la respuesta y su castigo. En Honduras tenemos la idea que se mata más a las mujeres en cuanto son más rebeldes y organizadas por sus propios derechos, que esta conciencia añade riesgos a nuestras vidas frente al orden criminal del patriarcado, aunque también les da más herramientas para defenderse. Los movimientos sociales mixtos ven con mucha desconfianza los espacios de las mujeres, y las acusaciones para des-

prestigiarlas son las que pasan por los cuerpos y sus prácticas sexuales, se dice que las mujeres ahí en el espacio autónomo aprenden a ser putas, se hacen lesbianas y quieren mandar a sus maridos.

Los movimientos de mujeres y feministas en Honduras no tienen muchos años; como colectividades se reconoce el movimiento sufragista que arranca como desde los años veinte, y el feminista de nueva ola desde los setenta, pasando por distintos momentos y feminismos. Estos movimientos se dedican prioritariamente a las luchas de género, es decir, a problematizar la identidad y la opresión de las mujeres en cuanto mujeres y ahí afinan su hacer y fuerza. Juntas, las mujeres hacen grandes descubrimientos que no hubieran sido posibles sin el espacio colectivo. Se dan cuenta en primerísimo término que su situación no es natural y que puede cambiar. Que la opresión no es divina ni genética, y por lo tanto puede eliminarse. Que son ellas las que tienen que hacerlo juntas. Tal conciencia ha llevado muchos años de procesos organizativos y debates.

En lo que respecta a la pertenencia a los movimientos mixtos, la mayoría se aglutina por las luchas que conduzcan al mejoramiento de la vida de los pueblos a partir de sus derechos más básicos, se afinca en una lucha contra el sistema neoliberal el cual consideran el origen de todos los males. En esos espacios participan de manera activa y poderosa muchas mujeres, aunque son pocas las que dirigen y tienen voz pública; ellas tienen igualmente que hacerse cargo de su papel de mamás y amas de casa, con gran agotamiento para sus cuerpos, con grandes conflictos con sus hijas e hijos y con enormes dificultades para resolver su propia vida amorosa y sexual. Son ellas las que tienen que decidir entre sus vidas y las luchas, no los hombres. Las mujeres son atraídas por esta propuesta de lucha, pues constituye parte de sus urgencias más sentidas, así que se agrupan en gremios, coordinaciones, e incluso partidos políticos progresistas. El horizonte del hombre nuevo y de los nuevos amaneceres para los pueblos casi nunca incluye a las mujeres y sus propias experiencias; por lo tanto las relaciones entre los hombres y mujeres en esos espacios no se tocan. Muchas veces la izquierda planteó que la lucha principal es contra el sistema capitalista y, por lo tanto, todas las otras luchas tendrán que esperar el tiempo del triunfo contra este sistema. En esa idea y bajo este supuesto, muchas organizaciones sociales siguen fortaleciendo relaciones de subordinación de las mujeres en sus propios procesos políticos. Las que sirven el café, las que hacen y reparten la comida, las que ocupan las secretarías de la mujer siguen siendo prácticas comunes en los gremios y sindicatos. Más tarde, ellas tal vez podrán ascender a otros espacios, pero pocas veces a conducciones nacionales e internacionales; para llegar ahí las mujeres tienen que masculinizarse; a las mujeres líderes más respetadas en los movimientos sociales en Honduras se les reconoce porque tie-

nen “huevos” y eso tiene que ser demostrado por el ejercicio de los valores de la “masculinidad”, es decir, del uso de la fuerza y determinación, la confrontación y hasta la violencia.

En cuanto a los contenidos de las luchas, pocas veces los movimientos mixtos asumen reivindicaciones propias para las mujeres por considerarlas de menor importancia. De ese modo se tapan nuevamente las injusticias que incluyen situaciones graves como hostigamiento sexual, violación, agresión física y emocional, aislamiento, exclusión de oportunidades de viaje y formación, amenazas de muerte por parte de hombres de la organización, etc. En cuanto a las propuestas de mundo, las organizaciones tampoco se preguntan qué cambios hacer para mejorar las condiciones de las mujeres de manera estructural, en cuanto a la división sexual del trabajo, el aprisionamiento doméstico, el modo de organización familiar que invisibiliza y violenta a las mujeres, y los cambios culturales para que sean reconocidas, valoradas y respetadas en cuanto sus aportes, tiempos, inteligencias, creaciones.

Estos dos movimientos —el de las mujeres como sujetas exclusivas, cercano al feminismo y el de las mujeres en movimientos mixtos— corren de manera paralela, pero suelen cruzarse, y en ciertas coyunturas entablar debate y acción conjunta. Ese quizás ha sido el momento más interesante que hemos vivido en estos años y que se dio por la coyuntura de resistencia ante el golpe de estado.

En cuanto a los movimientos feministas, casi todos los que en los años noventa iniciaron esa nueva ola feminista han sido determinados por las agencias internacionales de cooperación y sus agendas. Aunque haciendo malabarismos, han logrado aportar conocimientos en lo que respecta al entendimiento de la vida y condiciones de las mujeres, de la violencia y sus mecanismos; han apoyado procesos amplios de organización, formación y movilización con respecto a demandas específicas, y se concentraron en el enfoque de las políticas públicas. Sin embargo, ahí es cuando se evidencia la dependencia financiera: sus propuestas globales están en el marco de la democracia patriarcal y de la modernidad occidental que son en última instancia las que el financiamiento internacional promueve, el fortalecimiento de la democracia y sus estados. Estas feministas han puesto su proyecto en la posibilidad de mejora de la democracia, de las instituciones que la sostienen y de su capacidad de aliviar las terribles condiciones de vida de las mujeres. Pero en este país hubo un golpe de estado y eso no se puede olvidar, ni menospreciar. Gran parte de los esfuerzos de décadas por “mejorar la democracia” se fueron al agujero del golpismo. La institucionalidad dejó ver a quién sirve y para qué fue creada. El tremendo impacto que produjo vivir en el cuerpo esta realidad, hizo aparecer otras oportunidades; por largos meses las feministas de esa apuesta política cuestionaron sus

proyectos y apuestas políticas. En esos tiempos en que se posibilitó el diálogo con otros movimientos sociales hubo una poderosa toma de conciencia de que al igual que otros como los movimientos por los derechos humanos o de “ciudadanización” se había extraviado la perspectiva estructural de las opresiones, y por lo tanto había que girar el rumbo. Las feministas que mostraban una especie de “alergia” a los espacios mixtos por considerarlos espacios de hombres, invisibilizaron a las mujeres de esos espacios y cerraron la posibilidad de un diálogo, pero eso tuvo que remontarse de cara a la derrota que representó el golpe y sus retrocesos en los pocos avances para las mujeres. Se hizo necesaria la alianza con mujeres y con hombres porque de nuevo en la historia de este país, la vida está amenazada en su nivel más básico.

Ese es el momento que perdura. Los gobiernos sucesivos al golpe han mostrado su adhesión al proyecto neoliberal atroz que ni siquiera pretende, aun con sus políticas compensatorias, tomar en consideración a las mujeres. Llenas de hombres y de hombres armados están las instituciones y las decisiones. Las preguntas sobre qué es la política feminista en este momento, cuál es nuestro proyecto político o qué sujetas somos, son difíciles de contestar. Transitando y cruzando múltiples identidades según el momento histórico y las luchas escogidas, nos situamos en un territorio y un tiempo acosado por opresiones múltiples compactadas en un proyecto de dominación que indudablemente tiene sus fugas, por eso la lógica de nuestra rebeldía.

Ante la pregunta que para escribir este texto le hice a Berta Cáceres de si se nombraba feminista, me dijo, me nombro feminista, negra, indígena, me nombro desobediente, insurrecta, todas las identidades diversas y revolucionarias que necesitamos para emanciparnos. Yo me nombro de estos modos también. A las que venimos de una práctica de luchas identitarias nos toca repensar en este momento de gran precariedad material e ideológica, y aprovechar la oportunidad para discutir y hacer teoría desde prácticas inéditas. Personalmente, en mi experiencia con las luchas del COPINH no sólo encontré una raíz muy poderosa que me llevó a esa historia común con otras historias desde lugares ideológicos diferentes, para entenderme más allá o más acá de las lógicas coloniales que tanto impregnan mi formación y feminismo, desde ahí también me pregunté de donde venía mi pensamiento y proyecto; de qué construcción material y académica estaba hecha mi teoría que lograba funcionar apropiadamente en los encuentros con otras feministas, pero que no abarcaba la realidad en la que estaba mi práctica y que experimentaba en mi piel, que no lograba proponer para este país escogido para mi vida, una narrativa, una actuación estructuralmente distinta al despojo patriarcal neoliberal.

En estos tiempos decimos en algunas conversaciones compartidas con Karla, Yessica, Berta, Lorena, se trata de hacer política de la sobrevivencia, y también

es la teoría que urgimos. No es sencillo, aunque suene básico. Se trata de mantener la vida en medio de la brutalidad, pero aún más, no cualquier vida ni de cualquier modo; se trata de entender que nuestra búsqueda de justicia es también de otros sectores, que ya no es vivible el modo en que vivimos y que hay que decidirnos y poner el cuerpo en la palabra pensada y viceversa. Después del golpe de Estado, quedó claro que la democracia hondureña, igual que tantas otras que llenan de expectativas el mundo de las mujeres con cuotas, programas de género, expertas bien pagadas, leyes, políticas públicas, atenta contra nuestra vida y creaciones propias. No nos sirve. Entonces qué, entonces cómo y entonces con quiénes.

Los que usan las armas siguen teniendo el poder; no vamos a confrontarnos con ellos desde ese sitio bélico; el feminismo sigue cuestionando profundamente la ética de la violencia y esto es legítimo. Sin embargo, urge que de alguna forma nos defendamos con más eficacia que hasta ahora, porque la sangre de los crímenes de mujeres nos alcanza a todas, ningún ministerio público resolverá la impunidad de sus propios jueces.

Quiénes desde el sitio poderoso de la resistencia contra el golpe de estado nos reconocieron sus interlocutoras, es decir, todos los otros movimientos mixtos y de mujeres, fácilmente vuelven a desconocernos, porque algunas aguas vuelven a sus cauces. Nuestros propios y distintos feminismos pueden dejar de dialogar y readaptarse a lo que es escasamente “posible”. Lo cierto es que queda la amenaza excesivamente presente contra la vida, al igual que la fuerza para defenderla, vivirla. La política de la sobrevivencia agudiza los sentidos y las experiencias; las feministas hemos instalado en el país discursos sobre la cultura política importantes: derechos de las mujeres, sexualidad, el trabajo de las mujeres, la división sexual del trabajo, etc. Eso no basta. Estamos llamadas a retomar los brillantes momentos de nuestro pensar y actuar juntas desde el sitio de la desobediencia y reinventar este país con nosotras dentro, porque es el mejor tiempo y la mejor oportunidad, nos jugamos a diario la vida, más vale hacerlo con propósito común, creativo y noble para nosotras mismas. ■